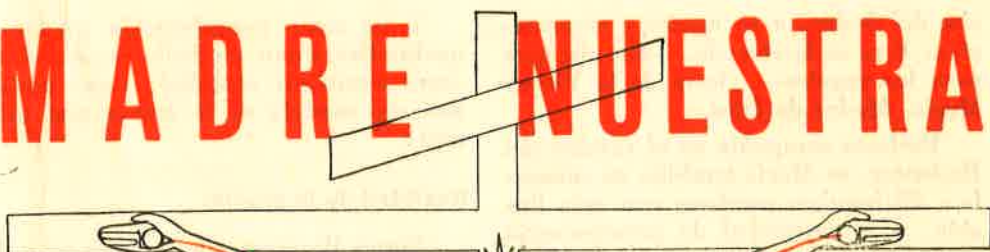


MADRE NUESTRA



«Después dice al discípulo:
He ahí a tu Madre»
(Jo. 19,27)

José Ramón Bidagor, S. I.

UNO de los grandes milagros del amor es su encarnación sobre el dolor: Un gozo compartido con el amigo, es doble gozo; y un dolor con-sufrido, es dolor dividido. Al fin, el amor es como el eco: Resuena o divide: Un alleluya son dos, y un golpe se parte en dos...

De todos los corazones capaces de este milagro de amistad, ninguno como el Corazón divinamente limpio de Ella. Ella, que como mujer era lo sumo de la feminidad,

de la delicadeza, de la fragilidad durísima, (su suprema paradoja) que con la tímida entrega de su ser desvalido y cariñoso forma la solidaridad más irrompible en la compasión y el con-sentir; y que como Madre lo es doblemente, por serlo virginal y única.

Su gran papel en el drama insonante de la Redención es éste: Estar con Cristo. Ser el eco, la compasión y el redoblado alleluya. Papel imprescindible, como algo definitivamente unido a la lu-

cha del Señor, a su agonía y resurrección. Esta es la elevada, —tan alta que pasa los ángeles—, gloria de la Virgen María, Madre de Dios.

Perfecta compañía en el camino del Redentor, es María también su consuelo: El hombre combate con más ilusión, y su capacidad de perseverancia en la lucha es máxima, cuando le aliena la esperanza cierta de que el combate terminará en gloria. (La voz de ánimo al borde de la ruta es el mejor soplo para una vela en regata...) María que "conservaba todo en su Corazón" (Lc. 2, 19 etc.), el alma más unida a Dios que ha pisado la tierra, era la Madre, que desde el día en que dió a Jesús el sér, le prestó también el aliento de las grandes madres que han hecho posible el heroico camino de los grandes hijos.

Y con ello era nuestra Madre. Porque ayudaba a forjar la dura Redención.

Mater gratiae:

Ayudaba a conquistar la gracia. "*Mater Christi, Mater divinae gratiae...*". Las letanías han unido teológicamente las dos invocaciones con una ilación inspirada: Porque es Madre de Cristo, nos trae la gracia con El.

Pero es un regalo doloroso: Pues la gestación de esta Vida nueva le costó a Cristo su Sangre, y a la Virgen una espada; y ésta es la parte positiva, inmediata y real de la Virgen en nuestra vida.

Por ello hay que insistir hasta que la alegría se nos clave en el corazón: "Hay que decirlo para que la alegría no se nos agriete jamás: La Virgen es más Madre nuestra que nuestra madre natural" (1).

Dos artículos fundamentales para todo lo escrito: «Sentido literal mariológico de Jo. 19, 26-27», y «La hora de Jesús, la hora de su Madre», por JUAN LEAL S. J. en EB (1952) 303 s; y EE. 26 (1952) 147 s.

(1) *Señora Nuestra*, J. M. CABODEVILLA, BAC, Madrid, p. 284.

Y no como consideración piadosa, quebradiza como un bello sueño, sino como immedible realidad; como realidad sin medida es la gracia que nos trae:

Realidad de la gracia:

Nunca llegaremos a pesar en su justo valor el misterio de la gracia. Pero es fundamental el persuadirnos de su ontologicidad y su trascendencia real. La gracia es algo ontológico que nos hace hijos de Dios.

Hijos adoptivos. La palabra extingue nuestra ilusión; porque "pensamos en los niños que han sido adoptados, y en esa inevitable lejanía que los aparta de los hijos propios, a los cuales llama siempre hermanos bajando un poquitín los ojos; pensamos en esa horfandad irremediable de los adoptados. Por eso hay que insistir con toda el alma en la diferencia que media entre la adopción divina y humana. Esta representa una filiación meramente jurídica y extrínseca, fundada en la colación de derechos y deberes, la asunción gratuita de una persona extraña en algo que se "llama" hijo. La adopción divina en cambio es algo real e intrínseco, perfectamente entrañado, puesto que por la gracia el adoptado participa la misma vida del adoptante" (2).

Somos hijos de nuestra madre porque nueve meses hemos vivido la misma vida. Ha habido un mismo ritmo en nuestra sangre; y lo suyo ha sido nuestro. Con-vivimos de un modo inefable. La gracia vuelve a verificar ese misterio. No será preciso "*volver a entrar en el seno materno*", como pensaba Nicodemus (Jo. 3, 4); pero habrá un nuevo nacimiento que nos dejará la vida de Dios en nosotros. Su Vida será nuestra, completamente nuestra; latirá en nuestro corazón de hombres de tal manera que la vida que vivamos, y la obra que ejecutemos con esa sangre nueva, sea totalmente nuestra porque Dios nos ha

(2) *Ib. ib.*

transfundido su Sangre. Es algo absoluto, aun cuando no varía nuestra sustancia; algo inexplicable, pero real: Un nuevo ser que nos muda y nos da otro nacimiento.

Llevar la vida de Dios en nosotros es la mayor gloria que tenemos como cristianos. Con ello no sólo nos llamamos jurídicamente hijos, sino que lo somos. Un nacimiento que nace "no de la carne y de la sangre, sino de Dios" (Jo. 1, 13). Para ello el Verbo se hizo carne, y aunque los hombres quisimos destrozarnos esa carne, nuestros golpes no eran más que la vara del milagro que al romperse en la Roca, hacía brotar más fecunda y libremente la Vida para el mundo...

Junto a esa Roca que brotaba apresurada el gran regalo, colaborando eficazmente, realmente, estaba Ella. Junto al Hombre, otra vez, la mujer:

Mujer:

San Juan escribió su Evangelio al final del siglo I. Habían pasado más de 60 años desde la Ascensión del Maestro. Juan era ya un anciano iluminado que en su meditación había quintaesenciado los recuerdos: "Realidad ideal; historia trascendente: tal es el Cuarto Evangelio" (3). Su relato, por tanto, no estará nunca vacío. No podemos olvidar que su símbolo es el águila; y el águila vuela alto y ve a distancia. Su Evangelio tiene fondo como el mar y el aire; en él hay que mirar calando... Y si se leen las palabras y no se lee el sentido, no se lee a San Juan.

Cuando el discípulo "a quien amaba Jesús" escribe, el culto y el amor a la Virgen vive ya en la Iglesia. Juan penetra su trascendencia, y adivina lo que el Maestro quiso enseñar con cada palabra. Por eso anota el misterio: *Mujer ¡he ahí a tu hijo!*

"La Mujer". La mujer despojándonos de la gloria en la borrascosa tarde

del primer pecado; y otra mujer, LA MUJER, "vestida de sol" y de esperanza, como una aurora lanzada sobre aquella misma tarde trágica.

Esta es la Mujer. Nuestra gloria, nuestra amanecida, nuestra bandera, "la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo" (Judit, 15, 9).

Juan que escribió el capítulo 12 del Apocalipsis, sabe quién es esa Mujer que "está para dar a luz, mientras el dragón apostado, atenta al fruto de su vientre". La mañana de la Biblia y la tarde, Génesis y Apocalipsis, se abrazan en esta Mujer que lleva en sí al Alfa y Omega: todo el abecedario del mundo; lleva al Trigo que funde nuestras espigas en la gran Hostia ("Tu seno como montón de trigo cercado de lirios" Cant. 7, 2). Ella trae para nosotros el gozo irrestañable, y por eso la serpiente quiere, inútilmente, morderla. A Ella o a su Fruto; en definitiva, a los dos...

Una mujer acogiendo la sugerencia de la serpiente nos mató. Otra, la Mujer aceptando el mensaje angélico nos toma de nuevo en su seno —lo sabías cuando aceptaste la carga de la Maternidad sumisamente... —para darnos a luz de nuevo. La Virgen Nazarena guarda en su Corazón la palabra del Génesis: "Multiplicaré crecidamente las molestias de tu gravidez; con dolor parirás tus hijos..." (Gén. 3, 16), y lo acepta. La niebla de tristeza que empaña todo el Evangelio; que va desde el anuncio del Hijo Salvador, —y Ella sabe cómo salvará en dolor y muerte, porque ha leído iluminadamente a Isaías— hasta el sepulcro, sin dejar arrancar la espada que el anciano predijo, es el anuncio de nuestra alegría. Por Ella se puebla el desamparo de todos los hombres; y en un milagro que avasalla al tiempo, hasta a Adán se le concede el gozo de tener madre... A Adán y a Eva: ¡Cuánto ha jugado la historia del cristianismo con la palabra Ave, Eva... Eva es la figura de la Virgen, "figura negativa sobre todo. Como es la oscuridad contraste de la luz... y el clamor de guerra, de la paz infinita de un

(3) BOVER, Intr. al Ev. de S. Juan. Sagr. Biblia. BAC.

niño cuando duerme. Como un negativo fotográfico de la nieve... El revés de la tristeza, del llanto, de la muerte; es decir: Ave sine vae; sin ay!, sin llanto, sin miseria..." (4).

Ecce Filius:

No cabe hablar de la Virgen sin poesía. Como no se puede cantar a la Primavera con silogismos. Pero la poesía tiene un fundamento. La entraña de esa poesía maravillosa que es María... ¡la explicó Dios! Dios habló y su palabra es clara: "*Mujer: Mira a tu hijo*".

El hijo es Juan; y Juan somos nosotros.

Si la palabra Mujer encierra el misterio dicho, "hijo" significa la obra de la Redención.

Exprimid el Cuarto Evangelio, y su esencia resumada es la gracia: Desde el prólogo, resumen extraordinario de la Soteriología cristológica —la obra de salvación del Verbo hecho carne— hasta el resumen: "*esto se ha escrito, para... que creyendo tengáis vida por su nombre*" (Jo. 20, 31): El Verbo Encarnado trae la Vida; y la Vida es la luz de los hombres: la Luz que viniendo al mundo ilumina y vivifica a todos los nacidos; los hombres lucharán contra la Luz, pero a los que llegue a inundar los hará hijos de Dios. Y en un misterio de ternura, ...con la última mirada inalicablemente cariñosa del Hijo que agradece la compañía en el camino— Cristo revela el gran misterio: "*Ecce! Fíjate!* (Ecce siempre es el anuncio del misterio: *Ecce Agnus Dei...*), Ella ha hecho el milagro: Es tu Madre!!

Tú, y tú, y tú; yo, yo, yo... El nombre de cada uno dicho por Ella, como lo dijo mi madre cuando llegué de la pila, y ella, herida todavía en la cama del esfuerzo de nueve meses, me besó... Tú y yo; nuestros nombres propios con su historia íntima, los sabe Ella; ¡Tenemos Madre! ¡Lo ha dicho Cristo moribundo, y no miente!

(4) *Señora Nuestra*, p. 61.

Sentido literal

Cuando un Evangelista escribe, puede tener dos sentidos la escritura: Uno literal: Lo que la palabra, por sí misma, dice. Otro típico: Lo que la cosa acción, etc., relata, representa o significa por divina disposición.

Y todavía el literal puede ser: Obvio: Lo que todos entendemos con la palabra, y que el autor ve claramente al escribir; o sea "el que dan las palabras tal como las ha entendido y escogido el escritor sagrado". Y otro sentido, "algo más profundo, más distinto, más pleno; que está expresado en las palabras, pero que el autor no ha visto claramente". Sentido que está en las palabras, pero no como las ha penetrado y agotado el autor humano, sino más allá de eso, como Dios las entiende y comunica a los hombres (5).

¿Qué entendía Juan el anciano cuando su pluma maravillosa escribía de Ella? Para nosotros es claro que Juan escribía el misterio porque sabía que existía. Y lo creemos por razones sencillas:

Contexto remoto:

¿Qué guardan los Evangelios del trato de Jesús y María? Guardan unas frases que oídas sin resonancias sobrenaturales llegan casi a herir: "*¿Qué nos va a tí y a mí, Mujer...?*" (Jo. 2, 4) "*¿Quién es mi madre?*" (Mc. 3, 33) "*Mujer...*" (Jo. 19, 26) "*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais...?*" (Lc. 2, 49).

Ni un acento de ternura; ni un roce de beso; ni la honda mirada aquella que mirando amaba (Mc. 10, 21). Todo ello en Jesús, personalidad armónica, diáfana, generosa, accesible, íntegra y comprensiva, compacta y tierna; personalidad que cruzó por el mundo con el ingenuo deslumbramiento del niño y del pobre, amando y admirando, por-

(5) Cfr. J. Th. S. BAC t. I, 3.^a ed. pp. 1106, núm. 218, y el art. de J. LEAL, *Sentido...*

que tenía las manos que modelaron la primera mañana, la primera fuente, la primera flor... ¿es explicable?

Lo es sólo si se mira con la perspectiva exacta del misterio. Sólo si se ve a María como el ser que pasa todos los límites de lo humano y cumple una misión excelsa. Cristo quiso señalárnosla así, para que supiéramos penetrarla: Para que no la confundiéramos con la docena de las mujeres históricas: No es pues la madre que busca humanamente al Hijo fatigado por el apostolado; es la perfecta cumplidora de la Voluntad de Dios. No es la pariente atenta y tierna de los recientes novios; es la clave de un destino nuevo que hará sonar para el mundo una hora insospechada. No es la recia madre de un ajusticiado; es la Corredentora que cumple junto al Redentor.

Sólo así logro explicarme plenamente lo que el Evangelio guarda de las relaciones entre el Hijo y la Madre. Porque ni El ni Ella podían pararse en las cosas de aquí abajo; porque Ella también debía saber que su ocupación "eran las cosas del Padre". Porque también Ella tenía su hora:

Hora mea:

Ella estaba en Caná. Estaba como la imaginamos siempre: Desviviéndose; fuera de sí, con el Corazón abierto y maternal para los novios que estrenaban su ilusión. Sintió por ello la vergüenza que iba a amargar la reciente felicidad, y no pudo sufrirlo:

...*"No tienen vino"*.

Y el Señor respondió aquella palabra difícil: *"¿Qué a mí y a ti, mujer? (Jo. 2, 4) Todavía no ha llegado mi hora"*.

La hora de Jesús, ¿cuál era?: Era sin duda una hora esperada. En el Evangelio de San Juan, a medida que va llegando la cruz, esta "hora" se anuncia más apresurada. (Sólo en el discurso de la Cena sale siete veces). Esa "hora" de Jesús no es algo indiferente, es algo cenital, trascendente y único. Es la hora de la victoria; la hora definitiva que se-

ñala el quicio de una nueva historia; la hora cero para un camino absolutamente nuevo del tiempo:

Ese Cristo que nace oculto, vive escondido, admirado y perseguido, tiene que romperse el Corazón, parar Su vida, para echar a andar la hora de la gracia. Y así, paradójicamente, la hora de la muerte, será Su hora: la del Redentor. Si vale la comparación, es como el reloj de arena que va dejando caer su roce leve; cuando lo ha dado todo, —consumado— suena la hora.

¿Habla aquí Cristo de esa hora? Es una exégesis probable y luminosa (6). Y ésta sería también la hora de Ella; debe esperar hasta entonces. Ahora en Caná Jesús el Enviado se limita sólo a las ovejas que perecieron de Israel; su misión no es todavía repartir a todo el universo la maravilla de su predicación y con ella la concesión de su gracia merecida desde siempre y para siempre en el Calvario. Su drama desarrolla por ahora la fase del Enviado que totalmente depende del Padre. Y en esta acción histórica salvadora del Hijo, Ella no tiene más papel que el de la Esclava. Hay por ello una distancia estelar entre el Unigénito (*"mihi"*) y una simple mujer (*"tibi"*). En la respuesta Cristo señala la distancia; pero no para herir, sino para anunciar; de ninguna manera para humillar, sino para glorificar. Porque no se debe perder la perspectiva gloriosa de la Corredentora en el ámbito minúsculo de un milagro de aldea. Esta pequeña alegría que enciende unas bodas con el mosto nuevo que el Padre regalará a su pequeña y amada Esclava, no debe hacer olvidar el momento en que el Padre *deberá* concedérselo todo; no ya un milagro, sino el *tesoro entero* de sus gracias para que como dispensadora de todas ellas distribuya al mundo entero los frutos en plenitud de la Redención. Porque Ella es la Mujer, y tiene su hora juntamente con la del Hijo que ha ayudado

(6) Cfr. LEAL: «La hora de Jesús...»

a sonar. Hasta entonces hay una distancia infinita; desde entonces Ella será inseparable y podrá hacer valer sus derechos de Corredentora junto al Redentor.

Este es el anuncio. Ante esta sublime esperanza todo lo temporal —el vino, la honra, la alegría— no tiene verdadera importancia. No han de ser pues el objeto de su afán. Lo que merece la preocupación y la tensión de su espíritu materno, es el milagro de las otras bodas: Las del alma con la gracia; las de la transformación del ser natural en el ser embriagado de divinidad. No se olvide.

b) Contexto próximo:

Todo ello cobra en el Calvario el peso de la convicción absoluta. Aquellos brazos que abiertos señalan el oriente y el poniente, “arrojados en un gesto de omnipotente generosidad”; y aquellos labios que decían la última, encendida lección de un Dios; no son índice de que Cristo se preocupase de cosas terrenas en aquel momento. No era hora de cuidados materiales; ni entraba dentro del camino sin defectos de Jesús, aguardar al fin para proveer al futuro de la Madre viuda. Aquello quedó zanjado en la partida del Señor para la vida pública. Y Ella tuvo siempre el cortejo de las mujeres, que aun entonces, en el Calvario, no la abandonaban.

Así pues, si cada vez más emocionados por el inefable hallazgo, seguimos analizando, encontramos que Juan ha colocado la tercera palabra inmediatamente antes y a continuación de dos confirmaciones mesiánicas: “*Para que se cumpliera la Escritura que dice: Se*

repartieron mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes” (19, 24) y, “*sabiendo Jesús que todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura dijo: “Tengo sed...”*” (19, 28).

Entre dos palabras con resonancias bíblicas, los labios del Hijo, la “simiente” de María (Gen. 3), se abrieron como si de nuevo las puertas del Paraíso —dos puertas rojas como una amanecida brillante—, se desplegaran para el género humano: “¡Mujer...!”.

Es la suprema revelación de la cruz: En el centro de las siete palabras de Cristo, las más difícilmente dichas, y las más sonoras para nuestro corazón, está la explicación de la maternidad de María respecto a nosotros. Y como la palabra del Maestro es eficaz, Ella sintió dilatarse, entonces como nunca, su Corazón bendito, y desde aquel instante entramos cada uno a ocupar el asiento tibio e indecible que señala nuestro puesto de hijos...

¡Oh si!, desde entonces “todos los hombres, felices o infelices, poseen un indiscutible derecho a la alegría: Tienen madre... No sólo la Madre del género humano, sino tuya, mía, de éste, de aquél, de cada uno. No es la Madre ésa... adornada de palabras escasamente inteligibles, la Madre de mera sustancia intelectual, sino la Madre contenta y apenada, la Madre de las cartas que se leen dos y tres veces, y los dolores de cabeza que se hacen más llevaderos a su lado, la Madre a la que se acude con ilimitada confianza, la Madre a la que se deja de acudir con remordimiento” (7).

(7) *Señora Nuestra*, pp. 287-288.